

Lo demás del artículo del señor Lugones son afirmaciones gratuitas, citas descabadas, o destellos de pensamientos hermosos, pero que precisamente se pueden tomar en un sentido contrario al que él quiere indicar.

«Se ha establecido, dice, el principio del combate, y, con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir». «La noción heroica de la vida es una exaltación de la vida misma».

El señor Lugones encomia el valor de la vida heroica y lo acompañamos de todo corazón en su culto del heroísmo; pero él parece creer, como cualquier rudo sargento o cadete novel, que sólo los campos de batalla fueron terreno propicio al heroísmo. También hay héroes de la justicia, de la verdad, de la virtud y del civismo.

Budá y Jesús, al sacrificar sus vidas en aras de la bondad, fueron héroes. También lo fueron por lo mismo, Epicteto y San Francisco de Asís, y Miguel Ángel en su grandeza austera, Dante, Shakespeare, Lutero, Rousseau, figuran entre los héroes de Carlyle. El gran Zola, defendiendo a Dreyfus y desafiando, por amor a la verdad y a la justicia, las iras de las turbas chauvinistas, fué un héroe. Gandhi, en nuestros días, ha resistido a la violencia hasta el heroísmo.

Y siempre el heroísmo ha consistido precisamente en luchar como se pueda, con la pluma o la palabra, contra el tirano para quebrarle la espada con que oprime a sus conciudadanos o hacerlo expiar con su sangre el haber conculcado las libertades públicas. En este sentido Montalvo, sin más que su pluma, fué un héroe al frente de García Moreno.

El señor Lugones va a buscar apoyos en el Evangelio y cita la sabida frase de Jesús (Mateo-X-34): «No penséis que he venido para traer la paz al mundo sino la espada». Pero dado el carácter de Jesús y del cristianismo, esta frase no se puede tomar al pie de la letra ni aislándola del resto del capítulo y del Evangelio. Es una de las tantas expresiones figuradas en que era riquísimo el inagotable lenguaje parabólico de Jesús. Puesta en relación con el resto del mismo capítulo se ve que esas palabras se refieren a las inevitables disensiones domésticas que su prédica iba a traer y a las persecuciones que tendrían que soportar sus discípulos. Así se lee poco antes: «He aquí yo os envío como a *ovejas* en medio de lobos». «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que *soportare* hasta el fin, este será salvo». Y a continuación de la frase citada encontramos: «Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa». ¿Y cómo conciliar el sentido liberal que da el señor Lugones al «traer la espada» con todo el seráfico Sermón de la Montaña? «Bienaventurados los *mansos*, dice el Divino Maestro, porque ellos recibirán la tierra en heredad». «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos»... «Conciliate con tu adversario». «No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra»... «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen». ¿A qué seguir? Todas estas aladas palabras, en consonancia con el espíritu de Jesús, constituyen la condenación más categórica de cualquiera violencia y, por consiguiente de la espada y de las ocasiones en que la insensatez de los hombres hace que suene su hora.

«La guerra, ha dicho el señor Lugones, es un fenómeno natural como la muerte... La Naturaleza no sabe ni de bien ni de mal, ni de razón ni de justicia»... La Naturaleza no sabe; pero el hombre sí. En esto consiste precisamente el rasgo distintivo, la condición esencial, la dignidad de ser hombre: en superar a la naturaleza en lo que tiene de fuerza bruta y al

instinto animal por medio de la razón. La tarea genuinamente humana ha estribado siempre y estriba en la creación y enriquecimiento de valores espirituales que dan al orden humano su modalidad propia sobre el orden de la naturaleza animal. La justicia, la bondad, la belleza, el heroísmo son las entidades luminosas que atraen al hombre y lo elevan sobre el plano de la torpe naturaleza animal. Por más vagos, intangibles y difíciles de alcanzar que se presenten a veces estos valores, son tan fundamentales para el hombre que no podría renegar de ellos sin amputar a la vez por ese solo hecho lo mejor de su ser. La lucha es ardua y si no, que lo diga esta controversia; pero hay que superar a la naturaleza ciega.

Dice el señor Lugones que «el desarrollo de la civilización necesita un orden, un equilibrio jerárquico». De acuerdo. Pero luego agrega nuestro poeta que el orden y la jerarquía sólo es dado obtenerlos impuestos por la fuerza, por la espada. He aquí términos que riñen al verse juntos: ¡desarrollo de la civilización por la fuerza! ¿Para qué queremos semejante civilización? La civilización no tiene otro sentido precisamente que acabar con las diversas manifestaciones de la fuerza bruta y afianzar el imperio de las fuerzas espirituales.

Parece además que el señor Lugones no hubiera pensado en las trágicas sorpresas que puede traer un detentador de la fuerza, un tirano, de ideas distintas a las nuestras. Es difícil que un tirano no tenga algún color ideológico, que el puño de su espada no esté teñido por alguna tendencia. Quien sabe si lleva como emblema una cruz. ¿No ha pensado el señor Lugones lo que a él mismo pudiera haberle ocurrido viviendo bajo el jerárquico sable de un tirano de esta clase? Sus manifestaciones de escepticismo y ateísmo han visto la luz tolerados dentro del ambiente de amplia libertad, en que las verdaderas democracias fincan precisamente uno de sus mejores méritos. A la avanzada democracia en que vive, al régimen democrático de que tanto abomina, debe el señor Lugones, el privilegio, el más precioso de todos para el hombre de vida interior, de poder dar plena expresión a su espíritu. Piense el señor Lugones en que si le hubiera tocado vivir, pongo por caso, bajo la redentora espada de un tirano católico, el valor de exponer sus ideas lo habría expiado tal vez con persecuciones y destierros.

A pesar de todo, la democracia inspira horror al señor Lugones. Para él significa «la tristeza y el colectivismo en la igualdad menguada de la miseria y del dolor» y «el triunfo cuantitativo de los menguados». No estaría lejos de suscribir con el señor Lugones que la vida democrática nos ofrece muy a menudo ese triunfo cuantitativo de los menguados; pero aún así puede ser eso mejor que la dictadura de uno solo. Los tiranos son suspicaces; las democracias confiadas.

Pero la democracia no implica necesariamente una igualdad aplastante e injusta. Este es un falso concepto del señor Lugones. La democracia es el taller de todos y no la plitud de una quimérica igualdad. La democracia debe establecer sólo la igualdad de oportunidades para que todos podamos desarrollar nuestra individualidad, trabajar y ser remunerados en justicia.

\* \*

El señor Lugones se complace en la satisfacción de que con los hechos que aplaude y sus doctrinas se inicia la nueva civilización, semejante a la pagana: civilización estética, porque considera que el goce de vivir es el objeto de la vida.

Ingenua ilusión.

El concepto individualista y pagano de la vida, o, digamos más exactamente, individualista y sensual, no puede marcar el principio de una nueva civilización porque es más antiguo que el hombre.

Ya el hombre de las cavernas, nuestro abuelo prehistórico,